

Que en bosques de arrayanes da la luna,  
Blanca como el cristal de la laguna,  
Como la superficie de un espejo.

Un solo pensamiento,  
Una palabra intencionada, oscura,  
Un leve soplo de mirada impura.  
Basta para manchar su casto aliento.

Viene de Dios y tiene  
La vista siempre levantada al cielo;  
Al contacto mas leve tiende el vuelo  
Y al alma que abandona no mas viene.

Allá en el relicario  
De tu pecho consévala, hijo mio,  
No sustituyas nunca á su atavío  
De la maldad el paño funerario.

Recuerda que es herencia  
Del padre celestial que tanto te ama:  
No dejes apagar su casta flama  
Que es la sábia vital de tu existencia.

Sin ella morirías—  
Ala gracia de Dios, hijo de mi alma;  
Sin ella crecerás como la palma  
Crece en las tierras áridas y frias.

Guárdala, si es posible,  
Como esencia que al aire se evapora:  
Si alguna vez la pierdes, llora, llora,

Pues será tu desgracia mas terrible.

## SUPERSTICION.

En un lujoso aposento  
Adornado á la oriental,  
So alfombrado pavimento  
Y confundiendo su aliento  
Con un beso matinal;

Están dos jóvenes bellos  
Tan brillantes como el sol;  
De la aurora los destellos  
Alumbran la dicha de ellos  
Entre nubes de arrebol.

Alfredo el jóven se llama,  
Negros sus cabellos son;  
En su mirada que inflama  
Se ve la amorosa flama  
Que abraza su corazon.

Ella se llama Florinda,  
Y es como la blanca flor  
Teñida apénas en guinda,  
Y á la que el céfiro brinda  
Con sus besos y su amor.

Tiene cabellos dorados,  
 Frente y cuello de marfil,  
 En sus labios nacarados  
 Hay dos botones rosados  
 Envidia de los de Abril.

Sus ojos azul de cielo  
 Son de apacible mirar,  
 Sobre su sedoso pelo  
 Sujeto está blanco velo  
 Con corona de azahar.

El la mira con delirio,  
 La acaricia con pasión;  
 Pero ella cual místico lirio  
 Revela que hay un martirio  
 Que rasga su corazón.

Alfredo que lo adivina  
 Porque lo sabe quizá,  
 Con dulce voz que fascina,  
 A la rubia peregrina  
 Así diciéndole está:

## II

¿Aun recuerdas, mi bien, Florinda mía,  
 Esas espinas que tu mano hirieron?  
 No ocupes, no, tu joven fantasía  
 Con creencias que nunca se cumplieron.  
 Es la superstición una quimera,

Es una sombra pálida, ilusoria;  
 El porvenir que unidos nos espera,  
 Es en el mundo anticipada gloria.

Si esa corona dádiva de amores  
 Que mi mano tejió para tu frente,  
 Guardó una espina entre sus blancas flores,  
 Casualidad ha sido solamente.

No te imagines que en su herida leve  
 Haya un presagio de desgracia inopia:  
 Gocemos de la vida que es muy breve;  
 Yo soy tuyo, Florinda, tú eres mía.

Gocemos de la paz, placer y calma  
 Con que el amor purísimo nos brinda;  
 ¿Quién nos podrá abatir, alma de mi alma...?  
 —La muerte, Alfredo, murmuró Florinda.

—¡Siempre, siempre tu triste vaticinio...!  
 El joven murmuró palideciendo.  
 —Es mi creencia tal, que a su dominio  
 Todas mis esperanzas van muriendo.

¿Me quieres escuchar, querido Alfredo?  
 Te contaré una historia que no es larga:  
 Historia triste que olvidar no puedo,  
 Y que con llanto el corazón me embarga.

—Ya te escucho.—Diez años yo tenía  
 Cuando mi padre descendió a la fosa,  
 Mi madre de caricias me cubría,

Por disminuir mi pesadumbre, ansiosa.

Logró con su ternura, de mi seno  
Arrancar la memoria de mi padre;  
Mi pasado olvidé de dolor lleno,  
Para pensar en mi amorosa madre.

¡Cuánto la amaba yo! ¡Con qué embeleso  
Sus maternos consejos escuchaba!  
¡Consejos que sellaba con un beso  
Que de la frente al corazón pasaba!

Muchas veces, "Florinda, me decía  
Inundados en lágrimas sus ojos,  
"Huye del mundo la engañosa orgía,  
"Que hay en sus flores multitud de abrojos.

"Vive siempre en el seno de tu casa  
"Teniendo à la virtud por compañera:  
"La ponpa y vanidad todo lo arrasa,  
"Sé siempre honrada y en el cielo espera."

Dichosa edad, Alfredo, en la que niños  
Todo lo vemos con el alma pura,  
En que las frases salen sin aliños,  
Del tierno corzon que aun no madura.

Edad cuyo valor no encuentra acentos  
Hasta que el yermo sinsabor nos hiere,  
Hasta que al soplo de estivales vientos  
La blanca flor de la esperanza muere,

Mas ya prosigo: con amor zeloso  
Domestiqué una tórtola del campo,  
Era su acento dulce y melodioso,  
Era de nieve su plumaje un ampo.

Cuando pasaba mi inocente mano  
Por sus alillas de mullida seda,  
Me acariciaba con cantar galano  
Y yo sus trinos escuchaba leda.

Mi madre me pintaba las caricias  
De aquella amiga de mi tierna infancia,  
Y así pasaba en cándidas delicias  
De mi niñez las horas en mi estancia.

Pero ¡ay! un día encapotado el cielo  
Lanzaba truenos que azoraban mi alma,  
Pronto rasgando su delgado velo  
Iban las nubes á turbar mi calma.

Horrible tempestad amenazaba:  
El furor de los vientos tronadores  
Los árboles frutales azotaba  
Despedazando sus menudas flores.

Desde un balcon mi madre silenciosa  
Contemplaba el airado firmamento;  
Yo en tanto, mi cabeza temblorosa  
Ocultaba en su pecho macilento.

Pasó la tempestad, y ya calmada  
En busca fui de la paloma mia,

En un rosal la divisé parada  
Bañándose en la lluvia que caía.

Con violento temor desconocido  
Fui á tenderle mi mano, y de repente  
Un halcon que asechaba su descuido  
Por sobre mí la arrebató indolente.

El estertor de la paloma blanca,  
Que era la compañera de mi vida,  
Un sordo grito de dolor me arranca  
Y corró con mi madre, pavorida.

Hija me dice con mortal quebranto,  
En mí fijando su mirar profundo;  
Guarda tu tierno y apacible llanto,  
Para tu madre cuando deje el mundo.

Aquello era un presagio; alcé los ojos  
Y ví à mi madre pàlida, estenuada,  
Sus labios de coral ya no eran rojos,  
Su blanca frente estaba amoratada.

¡Madre! dije, ¿qué tienes? — Calentura  
— El halcon, el halcon, grité llorando,  
Volví la vista hácia la nube oscura,  
¡Otra vez tempestad amenazando!

No llores hija, murmuró mi madre,  
Oye el encargo de mi amor postrero,  
Entierrame en la tumba de tu padre.  
Con él, Florinda, en el Eden te espero.

Cerró sus ojos, me arrojé á su seno,  
Vi en el presagio mi desgracia cierta;  
A mis gemidos contestaba el trueno;  
Besé su frente y se encontraba yerta.

Calló, la jóven ante aquel recuerdo,  
Casi evocado al pié de los altares,  
"Con mis presagios de dolor me pierdo"  
Dijo, vertiendo lágrimas á mares.

Nada temas, Florinda, soy tu esposo,  
Y nunca dejaré de ser tu amante;  
Sin cesar velaré por tu reposo  
Con la ternura del amor constante.

Olvida las éspinas que te hirieron,  
Cuando el velo de esposa te ceñas;  
Nuestras almas de fuego ya se unieron,  
Y nos esperan venturosos días.

De amor á las palabras cesó el llanto,  
Y en paraíso se trocó la tierra;  
Mas el rúgido los llenó de espanto  
De un cañonazo que anunciaba guerra.

¡Ay! infeliz del hombre que del mundo  
Se olvida ante la dicha con que sueña,  
Y del letargo de su amor profundo  
Viene á sacarlo del deber la enseña!

En aquellos momentos de ventura,  
Alfredo sus deberes olvidaba,

Para pensar tan solo en la hermosura  
De la esposa que el cielo le otorgaba.

Al eco plañidero de la bala  
Siente un volcan arder en su cabeza,  
Un sordo grito de dolor exhala  
Y le dice á Florinda con tristeza:

—No recordaba, no, que soy soldado:

¡Adios Florinda! vencedor ó muerto . . . . .

—La hora del vaticinio se ha llegado  
Y mi presagio, Alfredo, será cierto!

### III

Acababan los franceses  
Sitio de poner á Puebla,  
Y ya con orgullo necio  
Daban principio á la guerra.

Zaragoza con denuedo  
Dirige una corta arenga  
A sus valientes soldados  
Que intrépidos le rodean.

Quando á su patria defiende,  
Nada al guerrero le arredra,  
Y á dos peligros se lanza  
Con intrepidez ligera.

Para él familia no existe,  
No hay lazos que le contengan;

Es la patria su delicia,  
Su madre, su compañera.

Zaragoza no se espanta  
De aquella lucha sangrienta,  
En que la muerte y la tumba  
Le aguardan tal vez de cerca.

Con el valor de los héroes  
Combate, y tranquilo espera  
Del vencedor los laureles,  
No del cobarde la afrenta.

Alfredo se halla á su lado,  
Y la audacia se revela  
De sus ojos pardo oscuro  
En la mirada altanera.

Ya no recuerda el presagio  
Que á su Florinda desvela,  
Solo ve que el extranjero  
Mancha las tibias arenas.

Del suelo que le dió cuna  
Entre brisas y azucenas;  
De la tierra en que sus ojos  
Gozaron la luz primera.

Y entusiasmado mirando  
Del invasor las trincheras,  
Dice con orgullo fiero  
Y con valor que no mengua: